



nado para combatir al prior de San Juan don Antonio de Zúñiga que andaba revolviendo el país en favor de los imperiales, y donde el obispo de Zamora acudió tan pronto como se vió restablecido de la enfermedad que le había tenido postrado en Valladolid. La aparición del belicoso prelado en las comarcas de Madrid, Ocaña y Guadalajara, fué acompañada de aclamaciones, aplausos y festejos; su presencia excitó el entusiasmo en unas poblaciones, y reanimó en otras el espíritu de la causa popular, inclusa Alcalá, donde los estudiantes, dividiéndose en los dos opuestos bandos que traían revuelta la Castilla, habían tenido entre sí una reñidísima batalla, prevaleciendo al fin el partido de los realistas ó imperiales, que allí llamaban el de los andaluces, porque en Andalucía se acababan de confederar varias ciudades y villas contra los comuneros castellanos, si bien ofreciéndoles ser sus buenos interesados con el emperador para alcanzar su indulgencia si dejaban la voz de comunidad y deponían las armas (1).

Fogoso y ardiente partidario de las comunidades el obispo Acuña, tan mal prelado como buen comunero, sin que su investidura episcopal le sirviera de embarazo, ni los sesenta inviernos que ya contaba hubieran enfriado, ni templado siquiera sus bríos, se vió un día asaltado de repente cerca del Romeral y atacado por la espalda por las tropas del prior, que al pronto desordenaron á los populares. Revolvió el obispo velozmente su caballo, embrazó el escudo, blandió la pica, é infundiendo con el ejemplo vigor en los suyos, arrojó y dispersó á los de Zúñiga, que con su vergonzosa fuga perdió en aquella ocasión la reputación de caballero y de esforzado que hasta entonces hubiera podido ganar, viéndose obligado á pedir tregua por unos días (2).

Ó por sobra de confianza, ó por un resto de miramiento hacía sus deberes sacerdotales y su carácter episcopal, licenció el prelado la mayor parte de sus tropas durante la Semana Santa, y dirigiéndose á Toledo, entró en la ciudad acompañado de un solo guía. Nadie hubiera podido sospechar que aquel hombre era don Antonio Acuña, porque nadie por el traje podía deducir que era un obispo; pero el guía lo reveló á algunos, é instantáneamente y como chispa eléctrica cundió la voz por la ciudad, y llenóse la plaza de Zocodover de un gentío inmenso que circundó al prelado, aclamándole con loca alegría padre de la patria. Extremadas siempre las masas populares en las demostraciones de odio ó de amor, en uno de esos arranques de frenético entusiasmo que suelen tener las turbas, se vió el obispo de Zamora desmontado de su caballo, cogido en hombros y llevado en medio de la muchedumbre hasta las naves de la catedral, en ocasión que resonaban en sus bóvedas las sublimes lamentaciones del Profeta que la Iglesia repite anualmente en la grave y poética ceremonia de las tinieblas del Viernes Santo. En vano pugnaba el obispo para desprenderse de los brazos de los que así profanaban el angusto santuario en momentos tan solemnes: que aunque nada escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones apostólicas, comprendía toda la trascendencia de aquel desacato, y le repugnaba; pero el pueblo, llevando adelante la sacrilega profanación, le metió en el coro, le sentó en la silla pontifical y le proclamó arzobispo de Toledo. Por mas que Acuña ambicionara la silla primada del reino, era imposible que entrara en su pensamiento obtenerla por un medio tan tumultuario, ilegítimo é irreverente; sin embargo, fundándose sus enemi-

(1) Las poblaciones andaluzas confederadas eran: Sevilla, Córdoba, Ecija, Jerez, Antequera, Cádiz, Ronda, Andújar, Martos, Arjona, Porcuna, Carmona y Torre Don Jimeno. Estos pueblos enviaron un mensaje al emperador suplicándole regresase pronto á España y entrase por algun puerto de Andalucía. Juramentáronse para impedir los alborotos, auxiliar las justicias del rey y no obedecer ninguna orden que emanara de la Junta de Castilla.

(2) El presbítero Maldonado, en su libro VI del *Movimiento de España*, es el que da mas extensas y minuciosas noticias sobre la expedición y campaña del obispo Acuña en tierra de Toledo. De ella no hablan nada ni Robertson en su *Historia del emperador Carlos V*, ni Lista en sus adiciones á la *universal del conde de Segur*.

gos en los antecedentes de su vida profana, y haciendo servir á su inculpación la memoria de lo ocurrido en Zamora y en Palencia, le supusieron ó promovieron, ó por lo menos, cómplice en el escándalo de la catedral de Toledo, y la locura del pueblo toledano dañó á la causa de las comunidades mas que la pérdida de algunas batallas (3).

A la escena lamentable de Toledo siguió otra á las cinco leguas de la población, de naturaleza bien diferente, pero no menos lastimosa y mucho mas horrible. El competidor de Acuña en la guerra, el prior de San Juan don Antonio de Zúñiga, el vencido por el prelado de Zamora junto al Romeral, envalentonado con la ausencia del obispo, en una de sus atrevidas correrías por la comarca cayó con todas sus fuerzas sobre la rica villa de Mora, adicta á la causa de los comuneros. Atacada la población, y resueltos á defenderla hasta perder sus vidas los habitantes, á fin de quedar mas desembarazados para la pelea, condujeron á la iglesia, que era fuerte, todos los ancianos, mujeres y niños. Embestida la villa por la gente del prior, forzados unos en pos de otros los parapetos en que los moradores se atrincheraban, perseguidos estos de barrera en barrera y de calle en calle con furor insano y con mortandad terrible de acometidos y acometedores, refugiáronse al fin á la iglesia, donde tenían los objetos queridos de sus entrañas. Sordos á toda intimación los de Mora, rabiosos y frenéticos los realistas de Zúñiga, acudieron para rendirlos al bárbaro recurso del incendio. A las puertas, y sobre la techumbre y en derredor del templo hacinaron combustibles y les pusieron fuego. Apoderáronse pronto de todo el edificio las voraces llamas; á unos aplastaban los trozos de bóveda que se hundían; muchos perecieron al derrumbarse el pavimento del coro; el humo ahogaba á los que acaso perdonaba el fuego; prolongaron un poco su existencia los que se colocaban en los huecos de los altares ó en los arcos de las capillas, hasta que los alcanzaban las llamas devoradoras. Sobre tres ó cuatro mil desgraciados sucumbieron entre tormentos horribles; Mora quedó despoblada, y el terrible perseguidor de los comuneros plantó el pendon imperial sobre montones de escombros, de cenizas y de cadáveres.

Con la noticia de tan horrorosa catástrofe, salió Acuña de Toledo ardiendo en ira y ansioso de venganza, y con la gente que de pronto pudo recoger arremetió á un escuadron de los del prior que andaba talando el territorio de Illescas, y que á la vista de la pequeña hueste del obispo se refugió á un castillo fuerte, situado en la cumbre del cerro del Aguila. Trepó tras ellos furioso el prelado por la áspera pendiente, pero no le ayudaron los suyos, que los mas se quedaron á la falda de la eminencia. Siguiéronle no obstante los mas resueltos, á los cuales hizo colocar con las bocas frente al baluarte algunas piezas de batir que llevaba, y que él mismo á veces disparaba con su mano y hacía resonar con estruendo. Allí pasó la noche al raso, y por la mañana halló que habían apertillado la fortaleza. Alentáronse con esto á subir los que á la falda del cerro estaban; mas cuando se preparaban á la acometida, yendo el sexagenario obispo delante de todos, acudieron los de dentro á un ingenioso artificio, que fué soltar de repente todas las cabezas de ganado, fruto de sus rapiñas, que allí tenían encerradas. El estrépito de las reses asustó á los soldados, de modo que creyéndose asaltados por numerosa falange enemiga, bajaron ó corriendo ó rodando por la ladera, y cuando se repusieron del susto, se dieron á recoger á porfía el ganado, sin cuidarse del castillo, poco solícitos de la victoria cuando tenían ya el botín. Solo el impertérrito Acuña se quedó con unos pocos combatiendo el baluarte, hasta que las lluvias le obligaron á retirarse otra vez á Toledo para no perder la artillería.

El resultado afrentoso de esta jornada, junto con el escándalo de la tumultuaria promoción de Acuña al arzobispado de Toledo, produjeron en el espíritu público una mudanza desfavorable á la causa popular. Muchos de los comprometidos en ella se entibaron ó se ladearon del todo. Los religiosos ya

(3) Pero Mejía, *Hist. de las Comunidades*, lib. II, c. 15.—Maldonado, *Movimiento de España*, lib. VI.—Sandoval, *Hist. del Emperador*, l. IX.—Pisa, *Descripción de Toledo*, lib. V.

## CAPÍTULO V

## Villalar

1521

Justas reclamaciones de las ciudades.—Falta de dirección en el movimiento.—Cómo se malograron sus elementos de triunfo.—Errores de la Junta y de los caudillos militares.—Dañosa inacción de Padilla en Torrelabaton.—Cómo se aprovecharon de ella los gobernadores.—Célebre jornada de Villalar, desastrosa para los comuneros.—Prisión y sentencia contra Padilla, Bravo y Maldonado.—Últimos momentos de Juan de Padilla.—Suplicios.—Sumisión de Valladolid y de las demás ciudades.—Dispersión de la Junta.—Derrota del conde de Salvatierra.—Rasgo patriótico de los comuneros vencidos.

Con dificultad causa alguna política habrá sido mas popular, ni contado con mas elementos de triunfo que la de las comunidades de Castilla. Por desgracia eran sobradamente ciertos los desafueros y agravios de que los castellanos se quejaban; asaltado habían visto su reino, esquilinado y empobrecido por una turba de extranjeros, sedientos de oro y codiciosos de mando, que les arrebataron voraces sus riquezas y sus empleos: el rey, de quien esperaban la reparación de tantos agravios, desoyó sus quejas, menospreció sus costumbres, holló sus fueros y atropelló sus libertades; al poco tiempo los abandonó para ir á ceñir sus sienes con una corona imperial en apartadas regiones, dejando á Castilla, á cambio de los agasajos que había recibido, un exorbitante impuesto extraordinario, un gobernador extranjero y débil, y unos procuradores corrompidos. Si alguna vez hay razon y justicia para estos sacudimientos populares, tal vez ninguna revolución podia justificarse tanto como la de las ciudades castellanas, puesto que ellas habían apurado en demanda de la reparación de las ofensas todos los medios legales que la razon y el derecho natural y divino conceden á los oprimidos contra los opresores, y todos habían sido desatendidos y menospreciados. El levantamiento no fué resultado de una conjuración elandestina, ni producto de un plan hábil y maliciosamente fraguado. Fué un arranque de despecho, fué la explosion de la ira popular por mucho tiempo provocada; y si una ciudad tomó la iniciativa, su excitación no necesitó de grande esfuerzo, y apenas logró ser la primera, porque una tras otra se fueron

vos, señora, sois cruel; suelen ser mansas, y vos, señora, brava; suelen ser pacíficas, y vos sois revoltosa; y aun suelen ser cobardes, y vos sois atrevida...» Así, poco mas ó menos, en todas las cartas.

Por el contrario, el dominico Fr. Pablo de Villegas, comunero acérrimo, uno de los enviados por la Santa Junta al emperador con el Memorial de Capítulos, cuando volvió de Flandes y vió que se andaba en tratos de concordia y de paz, lleno de indignación, y como le pinta un escritor de nuestros días, «saliéndosele de las órbitas los ojos, pálido el semblante y trémulo de ira,» pronunció en las conferencias los mas vehementes y coléricos discursos contra toda idea de paz, de tregua ó de transacción. Peroraba á los corrillos en las calles, concitaba á las turbas y provocaba á tumultos. El padre Villegas proclamaba la guerra á todo trance hasta acabar con todos los nobles, y quedar los comuneros y los procuradores de la Junta dueños únicos y absolutos de Castilla.

El incendio de la iglesia de Mora, donde se hallaba encerrada toda una población, la mortandad de mas de tres mil personas, entre ellas una gran parte ancianos decrepitos, débiles mujeres é inocentes párvulos, aplastadas por los escombros ó derretidas por las llamas, tragedia horrible, propia solo de los tiempos de la mayor barbarie, ordenada por el prior de San Juan don Antonio de Zúñiga, revela harto tristemente toda la negrura de alma de este caudillo de los imperiales.

No tuvieron los comuneros entre todos sus capitanes y caudillos uno que igualara en decisión, en energía, y en entusiasmo por su causa al obispo de Zamora. Abominable en su conducta como prelado de la Iglesia, pero sin ser cruel como su competidor el prior Zúñiga, era Acuña, como comunero, mas exaltado, mas fogoso, mas avanzado, mas comunero en fin que el mismo Padilla. De seguro sus ideas en punto á libertad iban mas adelante que las de todos los castellanos, y si él hubiera sido el intérprete de la Junta no hubiera mostrado tanto respeto como aquella mostraba en todos sus memoriales y escritos á la autoridad del emperador.

Lo mismo pudiéramos decir en menor escala de otros eclesiásticos que militaban en los dos opuestos bandos, y dueños por lo mismo observar que los hombres de la Iglesia fuesen los mas apasionados y mas fogosos en cuestiones políticas y en contiendas profanas.

no exhortaban como antes á la defensa de las libertades del reino, sino que predicaban la paz: arrimábanse cada día partidarios al prior Zúñiga, y numerosas partidas realistas bloqueaban á Toledo, y casi la incomunicaban con las demás ciudades. El vecindario, sin embargo, se mantenía fogosamente decidido, y en venganza de los contratiempos de Mora y del cerro del Aguila, incendiaba y destruía dentro y fuera, siempre que podía, pueblos, casas y haciendas de los desafectos.

Cada vez mas entusiastas del obispo Acuña los toledanos, quisieron darle una nueva prueba de su estimación, haciendo que el cabildo sancionara y legitimara con su voto el nombramiento popular para la mitra primada. Un día se apostaron los mas turbulentos en las calles contiguas á la catedral, y á la hora que los canónigos concurrían al santo templo, se iban apoderando de ellos individualmente, y los conducían y encerraban en la sala capitular. Cuando hubo ya número suficiente, presentáronse las turbas y exigieron la confirmación del nombramiento sin excusa ni réplica. Conservaron su dignidad los prebendados, y negaron con entereza, hasta los mas pacaos y tímidos, tan injusta é incompetente demanda. Noticioso de esta resistencia el discoo prelado, á instigación de sus parciales, depuso ya todo miramiento, y colocándose á la cabeza de los peticionarios, ultrajó de palabra á los capitulares. Cuanto mas arreciaba el empeño de Acuña y de sus desatentados aclamadores, mas inflexible se mantenía el cabildo. Treinta y seis horas duraron los debates, y todo este tiempo estuvieron los canónigos sin comer ni beber, sin que las conminaciones ni el material desfallecimiento quebrantaran su espíritu ni amansaran sus ánimos. Por último, aunque con repugnancia y de mal talante, los puso Acuña en libertad, no sin darse el placer efímero y pueril de engalanarse con las vestiduras y atributos arzobispales, de que tan poco tiempo, por fortuna y para honra de la Iglesia española, había de gozar.

Semejantes excesos de parte del mas fogoso sostenedor de la causa de las comunidades, hubieran bastado para desnaturalizarla y perderla, si ya por otra parte no le estuviera amagando el último golpe, no en el claustro de una iglesia y en la persona de un prelado bullicioso y desaconsejado, sino en los campos de batalla y en la persona de un capitán esforzado y generoso, lo cual nos conduce á referir lo que pasaba allá por donde hemos dejado á Juan de Padilla (1).

(1) Maldonado, lib. VI.—Mejía, lib. II, cap. 15.—Sepúlveda, lib. IV.—Sandoval, lib. IX.—Mártir de Angleria, epist. 719.

Ocurríen, con motivo del bárbaro incendio de la iglesia de Mora, una reflexión bien triste, y que en vano querríamos apartar de nuestra imaginación.

En la guerra de las comunidades, los eclesiásticos que tomaron parte en pró ó en contra, ya con la predicación ó con las negociaciones, ya con las armas en la mano, excedieron á todos en exaltación, en fogosidad y en reprobadas y criminales acciones. Entre otros muchos que pudiéramos nombrar citaremos solo los siguientes.

Fray Antonio de Guevara, partidario de los imperiales, mas amigo del mundo que del claustro, por mas que predicaba las ventajas y excelencias del retiro; mas palaciego que religioso, por mas que reprehendía los vicios de la corte; orgulloso de su cuna aristocrática y despreciador del pueblo, por mas que hiciera profesion de humilde; hombre que no carecía de erudición, aunque indigesta y de mal gusto, fué el que preparó, instigó y negoció en Villabraxima la traición de don Pedro Girón á la causa de los comuneros. Este famoso franciscano, intrigante infatigable y realista furibundo, en sus cartas al obispo Acuña, á Padilla, á la esposa de este doña María Pacheco, y á otros personajes, exhortándolos á que abandonaran la causa de la comunidad, usaba siempre de un lenguaje el mas destemplado, el mas violento y grosero que puede salir de la boca ó de la pluma del hombre mas deslenguado. Omitiendo las insultantes frases de sus escritas á los jefes del movimiento popular, sirva de muestra de su impudencia, de su grosería y de su encono la manera como trataba á la esposa de Padilla, sin considerar siquiera que escribía á una señora, y señora de tan noble cuna y limpia sangre como pudiera serlo cualquiera otra.—«Si las historias (le decía en una ocasión) no nos engañan, Mamea fué superba, Medea fué cruel, Marcia fué envidiosa, Populia fué impúdica, Zenobia fué impaciente, Helena fué inverecunda, Macrina fué incierta, Mirtha fué maliciosa, Domicia fué mal sobria; mas de ninguna he leído que sea desleal y traidora sino vos, señora, que negasteis la fidelidad que debíades y la sangre que teníades...»—«Suelen ser (le decía luego) las mujeres piadosas, y